

## Presentación

Los más de cinco años transcurridos desde que lanzáramos el primer número de *Historiografías* han sido un período de consolidación. A lo largo de este tiempo ha recibido más de 18.000 visitas y publicado más de 50 artículos, así como un número parecido de reseñas y comentarios bibliográficos. Además, hemos llevado la revista a algunas plataformas e índices de impacto, recientemente a *e-revist@s*. Hemos tenido que lamentar algunas pérdidas irreparables de profesores que nos han dejado, pero también realizado nuevas incorporaciones. Los temas tratados se han ajustado a los objetivos de pluralidad intelectual, amplitud temática, diversidad geográfica y actualidad cultural que nos trazamos desde el principio, aunque por razones instrumentales hayamos subrayado determinadas parcelas más que otras según íbamos componiendo las sucesivas entregas.

El presente número pone el acento en la historia de la historiografía entendida en un sentido amplio. Más allá de la acepción de estudio de la historia de los historiadores y de sus obras, la plantea como el examen de algunos factores y teorías sobre la “historización” y los cambios en la escritura de la historia. Y es que ha transcurrido mucho tiempo y han cambiado demasiadas cosas desde que la llamada “historia de la historiografía” llegase a su auge en la década de los años setenta y ochenta del siglo pasado. Entonces, el profesor Charles-Olivier Carbonell, uno de los fundadores de la Commission Internationale d’Histoire de l’Historiographie y presidente del comité de dirección de la revista *Storia della Storiografia* que le sirvió de órgano de expresión, pudo escribir en la presentación del primer número (1982): “la historia de la historiografía es una disciplina específica, autónoma, enriquecedora y apasionante”.

El libro de Carbonell –autor fallecido en enero de 2013– *Histoire et historiens, une mutation idéologique des historiens français, 1865-1885* (Toulouse: Edouard Privat, 1976), había sido un buen ejemplo que parecía corroborar la citada impresión. Influido por la llamada “nouvelle histoire”, *Histoire et historiens* no era un repaso por la historia literaria de los grandes historiadores y sus escritos. Era algo muy distinto: un examen de la cultura histórica que tenía la sociedad francesa del Segundo Imperio y de los inicios de la Tercera República, la cual se hallaba en proceso de transformación o de abandono de los rasgos culturales del Antiguo Régimen. En dicho libro Carbonell expuso un exhaustivo trabajo procedente de su *Thèse d’État*, en el que, con una clara influencia de la “histoire quantitative” plasmada en numerosos cuadros y gráficas, estudió de qué modo la Francia del siglo XIX se dedicó al quehacer historiográfico y cómo surgió la llamada “école méthodique”, poniendo en duda así diversos lugares comunes que dicha historiografía había acumulado desde hacía más de cien años. *Histoire et historiens* es por ello un clásico imprescindible para el conocimiento de los historiadores y de la cultura histórica de la Francia las décadas centrales del XIX; un libro –creemos– no suficientemente reivindicado, y cuya referencia aquí sirve para mostrarle un merecido reconocimiento.

Sin embargo, el deseo ir más allá del examen de los grandes historiadores y sus escritos no era una idea completamente nueva en los años setenta del siglo pasado. La creencia de que la historiografía es un “reflejo del ambiente social” –y de que los cambios en la misma así lo muestran– había acompañado al surgimiento de la historia

de la historiografía como materia autónoma –y no simplemente instrumento bibliográfico– que tuvo lugar a comienzos del siglo XX; esto es, en el momento en el que los historiadores comenzaron a tener una dimensión transnacional moderna allá por los años del nacimiento de los congresos internacionales de ciencias históricas. El auge de la llamada “nouvelle histoire” setenta años después, junto a la difusión de nuevos conceptos para subrayar el carácter científico de la disciplina, tales como el de “paradigma”, le dio nuevos bríos a la imagen de una historia de la historiografía en sentido amplio, y reforzó la convicción de que tal disciplina estaba destinada a un futuro brillante. Se dio, por ejemplo, el caso de que un admirador norteamericano de Fernand Braudel, el profesor de la Universidad de Rutgers (Estados Unidos), Traian Stoianovich, llegó a afirmar que desde la Antigüedad solo se habían conocido tres “paradigmas históricos”, siendo *Annales* la culminación de ellos (*The French Historical Method: The Annales Paradigm*. Ithaca: Cornell University Press, 1976). El propio Carbonell quiso dar también ejemplo al escribir un pequeño manual titulado *L’Historiographie* (publicado en francés en 1981 y en español en 1986), en el que daba por sobreentendido que la escritura de la historia, considerada una forma de representación colectiva, estaba sujeta a cambios (de ahí la contundencia del título), ensayando así una panorámica que iba desde los autores antiguos (Carbonell fue un buen conocedor de la obra herodotiana) hasta “la nouvelle histoire”. El propósito del libro lo exponía sin ambages el propio autor en la introducción: “la historiografía es el mejor de los testimonios que podemos tener sobre las culturas desaparecidas, [y] sobre la nuestra también”.

Por supuesto, no han faltado estudiosos para quienes semejante esfuerzo en abarcar tantos historiadores y obras históricas de distintas épocas ha merecido la pena. En 1983 Ernst Breisach publicó la primera edición de su famoso *Historiography. Ancient, Medieval & Modern* (University of Chicago Press). Y recientemente Peter Burke, Jaume Aurel, Catalina Balmaceda y Felipe Soza han hecho lo propio con *Comprender el pasado: una historia de la escritura y del pensamiento histórico* (Barcelona: Crítica, 2013), una obra que fue reseñada en el número 8 de *Historiografías*.

Ahora bien, una visión tan optimista y abarcadora de la historia de la historiografía como la comentada –en la que este tema pasaba de materia autónoma a especialidad académica consagrada a los historiadores, sus escritos y la cultura histórica que los rodea, desde la Antigüedad hasta el presente– no parece haber seguido los derroteros previstos. No parece que se cumplieran las previsiones de quienes en la década de los setenta aspiraron a elevar dicha materia a una disciplina internacional claramente delimitada. La razón debe buscarse en los cambios tanto en el interior de la disciplina histórica y sus supuestos teóricos, como en el contexto cultural.

Hoy, el historiador profesional no tiene la misma consideración y responsabilidades que hace cuarenta años cuando la idea de autor-creador del texto solo parecía discutirse en ciertos círculos filosóficos, y la de uso público de la historia apenas se tenía en consideración. Tampoco la posición de la historiografía profesional en el campo científico ha permanecido invariable. De hecho, las bases teóricas de esta han sido profundamente revisadas por la llamada filosofía de la historia, y su contexto cultural completamente transformado por la existencia de una cultura global que se basa, entre otras cosas, en el desarrollo de la cultura de masas y en la omnipresencia del recuerdo y la nostalgia. El efecto de todo ello ha sido que la llamada historia de la

historiografía ha tenido que adaptarse a diversos cambios: unas relaciones con la memoria, y con las ideas de presente y de espacio, que hace medio siglo ni siquiera se planteaban.

El resultado es que, pese a que la historia de la historiografía sigue siendo una materia respetable, ha cedido, sin embargo, el terreno y difuminado notablemente sus límites con respecto a otros dos terrenos vecinos que han adquirido una notable influencia y predicamento para ocuparse de ciertos temas que atañen al conocimiento histórico: el de la filosofía de la historia, encargada de examinar las bases intelectuales de este, y el dominio de los usos públicos del pasado y la memoria, que se ocupa de las bases culturales. Esto no quiere decir que los estudiosos de la historia de la historiografía no se hayan adaptado a las nuevas situaciones. Quizá la más visible y provechosa de ellas haya sido su capacidad para introducir las perspectivas transnacionales. Tales son los casos de los diversos ensayos publicados por Georg G. Iggers y por Lutz Raphael sobre la historiografía del siglo XX, o el proyecto de análisis comparativo de los procesos de profesionalización historiográfica dirigido por Ilaria Porciani y el segundo de los autores citados: *Atlas of European Historiography. The Making of a Profession, 1800-2005* (New York: Palgrave Macmillan, 2010).

Por todo lo comentado, a no ser que se trate de razones instrumentales –lo decíamos en la introducción del número anterior– hoy no tiene mucho sentido mantener un terreno llamado historia de la historiografía separado de otros dominios vecinos como los dedicados a la reflexión teórica y al examen de los usos del pasado y la memoria. El presente número de *Historiografías* refleja de algún modo esta tesitura, esto es, algunas nuevas perspectivas que se derivan de estas nuevas relaciones entre la necesidad de historiar la historiografía, la de conocer sus bases teóricas, y la importancia de examinar sus referentes culturales.

El present número se abre con el trabajo del profesor Georg G. Iggers, titulado “Why Has Analytic Philosophy Almost Completely Failed to Exert any Influence on German Historical Writing and Reflections on Methodology?” No es la primera vez que *Historiografías* se interesa por la vida y la obra de este veterano especialista germano-norteamericano, hoy Distinguished Professor emérito de la State University de Nueva York en Buffalo. En 2011 incluimos una reseña de la antología de textos de Leopold von Ranke, que Iggers publicó ese mismo año, y en 2013, publicamos la entrevista que le hizo la historiadora de la Universidad de Shangai, Yongmei Gong, solo editada en chino hasta ese momento.

El trabajo que incluimos esta vez, por su temática, tiene algo de homenaje. El texto, que comienza haciendo un repaso por la noción de “filosofía analítica”, nos devuelve en cierto modo al clásico *The German Conception of History* y a otros escritos de Iggers sobre la historia de la historiografía alemana. La respuesta negativa a la pregunta sobre la influencia de la filosofía analítica en dicha tradición, que podemos observar en el título del artículo, le sirve a Iggers para organizar el texto, y le da pie a comentar en qué consistieron los planteamientos teóricos de las principales corrientes o “momentos” de la historiografía alemana desde el siglo XIX hasta el presente: cuáles fueron los supuestos del Historicismo (*Historismus*), cuáles sus diferencias con las teorías e interpretaciones históricas de base positivista; cuáles los supuestos de los defensores de la “historia ciencia social” (*Historische Sozialwissenschaft*) de los años

sesenta y setenta del siglo XX, y cuáles los de los partidarios de la “historia de lo cotidiano” (*Alltagsgeschichte*) de la década de los ochenta –sin olvidar la situación actual, que el autor analiza a través del programa de 2014 de la German Historical Association–.

El artículo de Iggers deja paso al del profesor Antoon De Baets, “Democracy and Historical Writing”. Tampoco este autor es desconocido en *Historiografías*. En el número inicial incluimos una reseña de su conocido *Responsible History*, un libro rico en nuevos temas tales como la censura y persecución de los historiadores, las condiciones de una “historiografía responsable”, los usos y abusos de la historiografía y de la memoria, etc., todo ello dotado de un hilo conductor: el del valor de la democracia –y sus límites– como garantía de la escritura de la historia. En el presente texto el autor profundiza en este último aspecto: “how historical writing helps foment a democratic culture”, plantea. Así que, en este artículo, el lector encontrará un análisis de las relaciones entre temas como la democracia, la ciencia y la historiografía, además de un conjunto de sugestivas hipótesis. Según el autor, las democracias poseen, al menos en potencia, una sensibilidad colectiva hacia el pasado (“conciencia histórica” la llama) más fuerte que la de los regímenes no-democráticos. Sin embargo, para que esa sensibilidad colectiva se traduzca en el desarrollo de una potente historiografía (responsable) es necesario que la democracia y la escritura de la historia se alimenten mutuamente (a través del fomento del estudio de la historia de la democracia, de la historia de las injusticias, etc.).

El tercer artículo, titulado “Cuatro caras de *Metahistory* y una propuesta de interpretación”, lo escribe Miguel Ángel Sanz Loroño a partir de una sólida tesis doctoral que el autor ha defendido en la Universidad de Zaragoza (España) este mismo año. El artículo igualmente ilustra en qué tesitura se halla la historia de la historiografía hoy, y cómo el dominio de la filosofía de la historia se ha vuelto imprescindible para entender el decurso reciente de aquella.

Sobre Hayden White y su *Metahistory* se ha escrito mucho más de lo que un investigador puede abarcar. El libro sigue cosechando comentarios, como, por ejemplo, los del texto reciente, sugerente y variado, dirigido por Aitor Bolaños de Miguel, *Metahistoria: 40 años después. Ensayos en homenaje a Hayden White* (Logroño: Siníndice, 2014) en el que un puñado de historiadores españoles interesados por la teoría de la historia reflexionan sobre las lecciones de dicha obra. Todo un signo de la actual tesitura de la historiografía española, hoy más plural que nunca. Los citados autores narran sus experiencias con la citada obra, la examinan, examinan determinados temas a la luz de la misma, y constatan su actual vigencia y difusión, felicitándose de que las dificultades que le precedieron en décadas pasadas hayan sido superadas. Pero apenas se detienen en la forma en que se ha leído *Metahistory* y sus cambios. El trabajo de Sanz Loroño sí es un intento, en cambio, de mostrar cómo se ha modificado la lectura de dicho libro a lo largo de los últimos cuarenta años. Un asunto imprescindible para poder entender su carácter clásico y vigencia. Sanz Loroño señala que *Metahistory* fue un intento de contrarrestar las contradicciones de la historiografía y la cultura norteamericanas de los años sesenta, y concluye que las posteriores lecturas postmodernista y anti-postmodernista del libro han estado sujetas a la ironía o paradoja de que, aun siendo inevitables, no representan lo que el autor quiso transmitir con él. Seguro que la hipótesis no deja indiferente al lector interesado.

Cierra el apartado de Historia y Teoría el texto del profesor argentino Tomas Elías Zeitler, “Cuarenta años de *La escritura de la Historia*. Reflexiones en torno a la operación historiográfica, de Michel de Certeau a Paul Ricoeur”. También se puede observar aquí lo antes comentado: que la importancia de determinados conceptos estriba no solo en la originalidad que tuvieron en el momento de su lanzamiento sino también en su capacidad para dar respuestas a la historiografía de hoy, lo que entraña el examen de sus cambios y adaptaciones. El trabajo de Zeitler se centra en el concepto de “operación historiográfica” de Michel de Certeau, que se puede considerar como la mejor aportación de los años setenta (incluso por encima de un Paul Veyne) a la reflexión epistemológica entre los historiadores franceses, prácticamente a la altura de lo que se publicaba al otro lado del Atlántico en estos temas. Zeitler desbroza con mucha claridad los componente del citado concepto y valora la importancia que este tuvo a la hora de proporcionar una justificación teórica a la “historia cultural” que iniciaba entonces su andadura. Ahora bien, como el autor también expone, la “operación historiográfica” requiere de una actualización, una nueva lectura que las reflexiones emprendidas por Paul Ricoeur, a partir de los años ochenta, pueden acaso ayudar a realizar.

En el apartado de Varia historiográfica, en el que solemos dar prioridad a ciertas predilecciones editoriales, presentamos esta vez dos trabajos que a buen seguro captarán la atención del lector. El primero de ellos es un examen de la literatura del 23-F escrito por el profesor Roberto Muñoz Bolaños, “Un análisis incompleto de un acontecimiento excepcional: la literatura sobre golpe de Estado del 23-F (1981-2014)”, que también procede de una reciente tesis doctoral (esta vez defendida en la Universidad Autónoma de Madrid). No es el primer artículo ni comentario que dedicamos a la transición española en *Historiografías*, un “acontecimiento matriz” de la historia del presente en nuestro país, según lo caracterizó en una ocasión el profesor Julio Aróstegui, quien fuera miembro del consejo científico de la revista. Es cierto que el 23-F, que se puede considerar acaso como el acontecimiento más grave de la transición política española, ha generado una memoria cuya literatura, aunque recientemente, ya ha comenzado a ser examinada por los historiadores. El trabajo de Bolaños continúa este camino con un sólido equipamiento. En este texto, además de observar cómo el tema permanece todavía mayormente en manos de periodistas y escritores militares, lo que no contribuye mucho a su investigación rigurosa, Bolaños dibuja, con todo lujo de detalles, de qué modo la interpretación de dicho acontecimiento ha ido evolucionando. La versión oficial en los años ochenta ya ha sido abandonada, pero todavía no se ha alcanzado otra capaz de colmar la exigencias que una investigación rigurosa exige.

Cierra el apartado de Varia historiográfica un artículo del profesor José-Carlos Bermejo Barrera, colaborador asiduo de *Historiografías* y especialista en teoría e historiografía, aunque esta vez el tema trata de los valores que se esconden tras los actuales sistemas de indexación de revistas científicas. El título del artículo es “Papernomics. Sciences and Games and Means of Censorship”. Con cierto sentido del humor pero con una lógica rigurosa, Bermejo hace un interesante ejercicio de “*reductio ab absurdum*” de la llamada “*Sciencemetry*”. Se trata de un dominio que parece haber surgido con la pretensión de ser una “ciencia de ciencias” encargada de evaluar el conocimiento científico. Para Bermejo los elementos que subyacen a dicho dominio (el considerar la ciencia bajo las leyes de la teoría económica, el interés de los editores en

monopolizar las revistas académicas, la importancia de las citas, el vicio de la vanidad que les subyace, etc.) hace de él un juego que poco tiene que ver con el verdadero proceso de conocimiento científico, cuyo modos de expresión son mucho más complejos. Juzgue el lector las ideas de este interesante trabajo –sobre todo si el lector se dedica a la investigación en el campo de las Humanidades.

**Gonzalo Pasamar**

## **Presentation**

The more than five years that have gone by since *Historiografías* was first released have proved to be a period of consolidation. Throughout this time, the journal has received more than 18,000 visits and published more than 50 papers plus a similar number of book reviews. Furthermore, the journal has reached certain platforms and impact factors, and also more recently, *e-revist@s*. We have to mourn the irreparable loss of professors who have left us, but we have also had some new additions to our publication. The topics discussed have targeted the development of intellectual pluralism, breadth of thematic scope, geographic diversity, and contemporary culture we marked out from the outset, although instrumental reasons have also led us to highlight some fields more than others as we organized successive instalments.

This issue emphasizes the topic of history of historiography in the broadest sense of the word. Beyond the usual meaning of study of historians and their works, it focuses on the examination of some factors and theories on “historization” and shifts in historical writing. Obviously, much time has elapsed and too many things have changed since the so-called “history of historiography” reached its peak in the 1970s and 1980s. At that time, Professor Charles-Olivier Carbonell, one of the founders of the Commission Internationale d’Histoire de l’Historiographie and president of the editorial board of the journal *Storia della Storiografia*, which served as its vehicle of expression, wrote in the presentation of the first issue (1982): “the history of historiography is a specific, autonomous, enriching, and exciting discipline”.

Carbonell’s book (the author passed away in January 2013), *Histoire et historiens, une mutation idéologique des historiens français, 1865-1885* (Toulouse: Edouard Privat, 1976), was a good example which seemed to confirm this impression. Influenced by the so-called “nouvelle histoire”, *Histoire et historiens* was by no means an overview of the literary history of great historians and their works. It was something different: an examination of the historical culture developed by the French society of the Second Empire and the early Third Republic, which was going through a process of transformation, casting off the cultural traits of the Ancient Regime. In this book, Carbonell presented a really thorough work from his *Thèse d’État*, where, with a clear influence of the “histoire quantitative” he reflected on numerous tables and charts, studied how nineteenth-century France engaged in historiographical tasks and how the so-called “école méthodique” emerged, and raised doubts about various clichés this historiography had accumulated over the previous century. *Histoire et historiens* is thus a classic, essential for knowledge of historians and historical culture in mid-nineteenth-century France; a piece – we believe – not sufficiently appreciated, whose reference shall serve us here to pay it a well-deserved tribute.

However, the interest in going beyond great historians and their writings was not a completely new idea in the 1970s. The belief that historiography is a “mirror of social ambiance” – with its shifts being reflected accordingly – had accompanied the emergence of the history of historiography as an autonomous field – and not exclusively a bibliographic tool – that took place in the early twentieth century; that is, when historians started to enjoy a modern transnational presence during the years that spawned the international congresses of historical sciences. The boom of the so-called “nouvelle histoire” seventy years later, along with the spread of new concepts that emphasized the scientific nature of history, such as “paradigm”, gave impetus to the image of a history of historiography that was widely considered, strengthening the conviction that this discipline was destined to have a brilliant future. Such was the case, for instance, of Fernand Braudel’s admirer, Traian Stoianovich, the Professor of Rutgers (USA), who came to assert that since Antiquity there had only been three “historical paradigms”, with *Annales* being the culmination of them (*The French Historical Method: The Annales Paradigm*. Ithaca: Cornell University Press, 1976). Carbonell himself wanted to serve as an example and published a small handbook entitled *L’Historiographie* (in French in 1981 and in Spanish in 1986), in which he took for granted that the writing of history, regarded as a form of collective representation, was subject to changes (hence the forcefulness of the title), thereby offering an overview which ranged from ancient writers (Carbonell was an excellent connoisseur of Herodotus) to the “nouvelle histoire”. The purpose of the book was set out very clearly by the author in the introduction: “historiography is the best testimony we can have on extinct cultures [and] ours as well”.

Indeed, there has been no lack of experts who have considered that such an effort to cover so many historians and historical works from different eras is worthy of attention. In 1983, for example, Ernst Breisach released the first edition of his well-known *Historiography. Ancient, Medieval & Modern* (University of Chicago Press). More recently, Peter Burke, Jaume Aurel, Catalina Balmaceda, and Felipe Soza have done the same with *Comprender el pasado: una historia de la escritura y del pensamiento histórico* (Barcelona: Crítica, 2013), a work that was reviewed in issue number 8 of *Historiografías*.

Yet, such an optimistic and all-embracing view of the history of historiography as the aforementioned – which went from being an autonomous subject to an academic speciality devoted to historians, their writings and the historic culture which surround them, from Antiquity to the present – did not seem to follow the expected path. The predictions of those that aspired, in the 1970s, to transform that subject-matter into a clearly defined international discipline do not seem to have been fulfilled. The reason why should be sought in the changes both in the historical discipline and its theoretical assumptions, and also in its cultural context.

Today, a professional historian does not have the same recognition and responsibilities that he/she had forty years ago when the idea of author-creator of the text was only discussed in some philosophical circles, and the public use of history was barely taken into account. Neither has the position of professional historiography in the scientific field remained unchanged. In fact, its theoretical bases have been reviewed in depth by the so-called philosophy of history, and their cultural context fully transformed

by the existence of a global culture which is based, among other things, on the development of mass culture and the omnipresence of memory and nostalgia. The overall effect has been that the field of the history of historiography has needed to adapt to changes, that is, relationships with memory, and with ideas of present and space, which were never discussed half a century ago.

The result of this situation is that, despite the fact that the history of historiography continues to be a respectable subject, it has waned in importance and blurred its limits with respect to neighbouring fields. The latter have gained in importance to deal with certain topics related to historical knowledge: that of the philosophy of history in charge of examining its intellectual bases, and the domain of public uses of the past and memory, devoted to its cultural bases. This does not mean that specialists in the history of historiography have ignored new situations. Perhaps the most visible and fruitful of these adaptations has been their capacity to introduce transnational perspectives. Such is the case of essays published by Georg G. Iggers or Lutz Raphael on twentieth-century historiography, or the project of comparative analysis under the stewardship of Ilaria Porciani and the second of the authors cited: *Atlas of European Historiography. The Making of a Profession, 1800-2005* (New York: Palgrave Macmillan, 2010).

Because of these comments, save for instrumental reasons – as pointed out in the last issue – there is not much sense in maintaining a field called history of historiography separated from neighbouring domains such as those devoted to historical reflection and to examining the uses of the past and memory. This instalment of *Historiografías* somehow reflects this crossroad, namely some new perspectives which stem from the new relationships between the need to write the history of historiography, and that of examining its theoretical foundations and its cultural context.

The issue opens with Professor Georg G. Iggers' work entitled, "Why Has Analytic Philosophy Almost Completely Failed to Exert any Influence on German Historical Writing and Reflections on Methodology?" This is not the first time *Historiografías* has concerned itself with the life and work of this US-German veteran expert, today Emeritus Distinguished Professor of the State University of New York at Buffalo. In 2011 we included a review of the anthology of Leopold von Ranke's works, which Iggers published that year, and in 2013, the interview that the University of Shanghai historian Yongmei Gong, conducted with him, which, to date, had only been edited in Chinese.

The work we have included this time has – owing to its subject-matter – a certain air of homage about it. The text, which begins by reviewing the notion of "analytic philosophy", somehow brings us back to the classic *The German Conception of History* and other Iggers' writings on the history of German historiography. The negative answer to the question on the influence of analytic philosophy in that tradition, which can be seen in the title of the article, serves Iggers for the organization of his text, and gives him cause to review what the theoretical approaches of principal trends or "moments" of German historiography from the nineteenth century to current times were all about: to look at the approaches of Historicism (*Historismus*); to see what their differences with theory and positivistic interpretation were; what were the approaches of the defenders of "history social science" (*Historische Sozialwissenschaft*) in the 1960s



and 1970s, and which ones corresponded to the advocates of “the history of everyday life” (*Alltagsgeschichte*) in the 1980s. The author also examines the current situation through the German Historical Association program of 2014.

Iggers’ piece is followed by that of Professor Antoon De Baets: “Democracy and Historical Writing”. Nor is this author unknown to readers of *Historiografías*. In our first issue we included a review of his well-known *Responsible History*, a book rich in new topics such as those of censorship and prosecution of historians, conditions for a “responsible history”, uses and abuses of historiography and memory, etc., all-encompassing the theme: the value of democracy – and its limits – as a guarantee for historical writing. In this text the author studies this aspect in depth: “how historical writing helps foment a democratic culture”, as he puts it. Therefore, in this article the reader will find an analysis of the relations between topics such as democracy, science and historiography, in addition to a handful of suggestive hypotheses. According to the author, democracies have, at least potentially, a collective sensibility to the past (“historical awareness” he calls it) stronger than that of non-democratic regimes. However, to transform collective sensibility into the development of a powerful (and responsible) historiography it is necessary for the writing of history and democracy to fuel each other (by boosting the study of the history of democracy, the history of injustice, etc.).

The third paper, entitled “Four Faces of *Metahistory* and One Proposal of Interpretation”, is written by Miguel Ángel Sanz Loroño from a very well structured doctoral thesis the author defended at the University of Zaragoza (Spain) earlier this year. The article also illustrates the situation of the history of historiography as it stands today, and how the field of the philosophy of history has proved to be essential for an understanding of its recent evolution.

On Hayden White and his *Metahistory* more has been written than what a single researcher is able to cover. The book continues to garner comments such as, for instance, the recent, suggestive and varied text, supervised by Aitor Bolaños de Miguel, *Metahistoria: 40 años después. Ensayos en homenaje a Hayden White* (Logroño: Siníndice, 2014), where a handful of Spanish historians concerned with the theory of history discuss its principal lessons. This book might be regarded as a symbol of the current situation of Spanish historiography, which today is more plural than ever. In this piece, the authors tell their experiences with *Metahistory*, examine it, use it to analyse some other topics, and confirm its current validity and diffusion, glad that the difficulties experienced in past decades have finally been overcome. However, they barely stop to examine the way in which *Metahistory* has been read and its changes. Sanz Loroño’s work is an attempt instead to analyse how the reading of this book has been modified throughout the last forty years. This is an essential issue to understand its “classicism” and validity. Sanz Loroño points out that *Metahistory* was an attempt to counteract the contradictions in which the US historiography and culture were involved during the sixties, and concludes that its further postmodernist and anti-postmodern readings have been subject to the irony or paradox of which, while being inevitable, do not represent the ideas the author tried to convey in this book. Certainly, the hypothesis will not leave the interested reader feeling indifferent.

The piece of Argentine Professor, Tomas Elías Zeitler, “Forty years of *The writing of history*. Reflections on the Historiographical Operation, from Michel de Certeau to Paul Ricoeur”, closes the section Historia y Teoría. The aforementioned situation can also be observed here: the importance of some concepts stems not only from the originality they had when they were launched, but also from their capacity to offer answers to current historiography, which entails the need to examine their changes and adaptations. Zeitler’s paper focuses on the concept of “historiographical operation” by Michel de Certeau, which may be regarded as the best contribution (even above Paul Veyne’s) to epistemological reflection among French historians in the 1970s, up to what was written on these topics on the other side of the Atlantic. Zeitler effectively examines the components of the aforesaid concept and appreciates that it provided a theoretical justification to “cultural history”, which was just starting out on its journey at that time. However, according to the author, the “historiographical operation” needs to be updated, and requires a fresh reading which may be helped by the reflections suggested by Paul Ricoeur since the 1980s.

In the section of Varia historiográfica, where priority is given to some editorial predilections, this time we present two pieces which are sure to attract the reader’s attention. The first is the survey, written by Professor Roberto Muñoz Bolaños, of the literature on the Spanish so-called 23-F: “An Incomplete Analysis of an Exceptional Event: The Literature on the Coup d’état of 23-F (1981-2014)”, which also comes from a recent doctoral dissertation (this time defended at the Universidad Autónoma de Madrid). This is neither the first article nor the first comment we have devoted to the Spanish Transition in *Historiografías*, a “matrix event” of the history of the present in Spain, according to Professor Julio Aróstegui, who was a member of the journal’s Advisory Board. It is true that the 23-F, which may be considered the most serious event in the Spanish political Transition, has generated a memory whose literature, albeit lately, has been the object of attention by historians. Bolaños’ work probes even further with some robust tools. In this text, in addition to observing how the topic still remains largely in the journalists’ and military writers’ hands – which does not contribute much to rigorous inquiry – Bolaños provides a detailed picture of how the interpretation of such an event has been evolving. The official version of the 1980s has been abandoned, but as yet no work has emerged that can satisfy the needs required by rigorous research.

“Papernomics. Sciences and Games and Means of Censorship” by Professor José-Carlos Bermejo Barrera, a regular contributor to *Historiografías* and an expert in theory and historiography, closes the Section of Varia historiográfica. This time the topic revolves around the value hiding behind the current index systems of scientific journals. With a certain sense of humour but a rigorous logic, Bermejo makes an interesting exercise of “reductio ab absurdum” of the so-called “Sciencemetry”. This is a domain which seems to have arisen with the pretention of being a “sciences of sciences” in charge of evaluating scientific knowledge. To Bermejo the elements underpinning it (examining science through the prism of the laws of economic theory, the interest of publishers in monopolizing academic journals, the importance of citation, the vice of vanity which lies beneath it, etc.) makes this a game which has little to do with the true process of scientific knowledge, whose means of expression are much more complex. We leave it to our readers to judge the ideas of this interesting work – especially if they are devoted to research in Humanities.

## Présentation

Voici plus de cinq ans que nous avons lancé le premier numéro de *Historiografías* et ces années ont été une période de consolidation pour la revue. Durant tout ce temps, nous avons reçu plus de 18 000 visites et publié plus de 50 articles, et autant de compte rendus de lecture et de commentaires bibliographiques. En outre, nous avons fait répertorier la revue sur des plate-formes et dans des catalogues importants, tout récemment dans *e-revist@s*. Nous avons dû déplorer quelques pertes irréparables de professeurs qui nous ont laissés, mais nous avons aussi profité de nouvelles arrivées. Les thèmes traités se sont ajustés aux objectifs de la pluralité intellectuelle, de l'amplitude thématique, de la diversité géographique et de l'actualité culturelle que nous nous étions fixés depuis le début, même si pour des raisons pratiques nous avons mis l'accent sur certains thèmes plus que sur d'autres, en fonction des différents numéros.

Le présent numéro met l'accent sur l'histoire de l'historiographie comprise dans un sens très large. Au-delà de l'acception habituelle qui renvoie à l'étude de l'histoire des historiens et de leurs œuvres, elle est ici perçue comme l'examen de certains facteurs et théories sur l' "historicisation" et les changements dans l'écriture de l'histoire. Le fait est que les années ont passé et trop de choses ont changé depuis le plein essor de la dite "histoire de l'historiographie" dans les années soixante-dix et quatre-vingt. À cette époque, le professeur Charles-Olivier Carbonell, un des fondateurs de la Commission Internationale d'Histoire de l'Historiographie et président du comité de direction de la revue *Storia della Storiografia* qui lui a servi d'organe d'expression, a pu écrire dans la présentation de son premier numéro en 1982: "l'histoire de l'historiographie est une discipline spécifique, autonome, enrichissante et passionnante".

Le livre de Carbonell – décédé en janvier 2013 – *Histoire et historiens, une mutation idéologique des historiens français, 1865-1885* (Toulouse: Edouard Privat, 1976), avait été un bon exemple qui semblait corroborer l'impression ci-dessus. Influencé par ce qu'on appelait la "nouvelle histoire", *Histoire et historiens* n'était pas un nouveau parcours de l'histoire littéraire des grands historiens et de leurs écrits. C'était quelque chose de bien différent: un examen de la culture historique propre à la société française du Second Empire et du début de la troisième République, alors en proie à un processus de transformation ou d'abandon des traits culturels de l'Ancien Régime. Dans ce livre, Carbonell a proposé un travail exhaustif tiré de sa thèse d'état, dans lequel, sous l'influence directe de "l'histoire quantitative" présente à travers de nombreux tableaux et graphiques, il a étudié la façon dont la France du XIX<sup>e</sup> siècle s'était consacrée à l'historiographie et comment avait surgi ce qu'on a appelé "l'école méthodique", remettant ainsi en question différents lieux communs accumulés par cette historiographie depuis plus de cent ans. C'est la raison pour laquelle *Histoire et historiens* est une œuvre incontournable quand il s'agit de connaître les historiens et la culture historique de la France des années centrales du XIX<sup>e</sup> siècle. C'est, à notre avis, un livre trop peu connu, et nous le citons ici afin de lui rendre un hommage mérité.

Toutefois, le désir d'aller au-delà de l'étude des grands historiens et de leurs écrits n'était pas une idée complètement neuve dans les années 1970. La croyance dans le fait que l'historiographie est un "reflet du milieu social" – et que les changements au sein même de cette historiographie en témoignent – avait accompagné l'apparition de l'histoire de l'historiographie comme une matière autonome (et non comme un simple instrument bibliographique), apparition qui a eu lieu au début du XX<sup>e</sup> siècle, quand les historiens ont commencé à revêtir une dimension transnationale moderne, lors de la naissance des congrès internationaux de sciences historiques. L'essor de la "nouvelle histoire" soixante-dix ans plus tard, conjointement à la diffusion de nouveaux concepts servant à souligner le caractère scientifique de la discipline – comme par exemple celui de "paradigme" – a redoré le blason de l'histoire de l'historiographie au sens large, et a renforcé la conviction selon laquelle cette discipline était vouée à un brillant avenir. Ainsi, par exemple, un admirateur nord-américain de Fernand Braudel, professeur à l'université de Rutgers (les États-Unis), Traian Stoianovich, en est venu à affirmer que depuis l'Antiquité, on n'avait connu que trois paradigmes historiques, et que les *Annales* en étaient le point culminant (*The French Historical Method: The Annales Paradigm*. Ithaca: Cornell University Press, 1976). Carbonell lui-même a voulu en donner un exemple en écrivant un petit manuel intitulé *L'historiographie* (publié en français en 1981 puis en espagnol en 1986), dans lequel il donnait pour acquis que l'écriture de l'histoire, considérée comme une forme de représentation collective, était sujette à des changements (d'où le caractère tranché du titre), présentant ainsi un panorama qui partait des auteurs de l'Antiquité (Carbonell fut un fin connaisseur de l'œuvre d'Hérodote) jusqu'à la "nouvelle histoire". L'auteur lui-même exposait sans ambages le but de son livre dans son introduction: "l'historiographie est le meilleur témoignage que nous puissions avoir sur les cultures disparues, [et] sur notre propre culture".

Évidemment, certains critiques ont jugé qu'un tel effort pour embrasser tant d'historiens et d'œuvres historiques de différentes époques valait la peine. En 1983 Ernst Breisach a publié la première édition de son célèbre *Historiography. Ancient, Medieval & Modern* (University of Chicago Press). Et plus récemment, Peter Burke, Jaume Aurel, Catalina Balmaceda et Felipe Soza en ont fait de même avec *Comprender el pasado: una historia de la escritura y del pensamiento histórico* (Barcelona: Crítica, 2013), œuvre dont nous avons présenté un compte rendu dans le numéro 8 de *Historiografías*.

Une vision aussi optimiste et globale de l'histoire de l'historiographie que celle que nous venons d'évoquer – qui faisait passer cette dernière du statut de matière autonome à celui de spécialité académique consacrée aux historiens, à leurs écrits et à la culture historique qui les entourent, de l'Antiquité à nos jours – ne semble toutefois pas avoir suivi les chemins attendus. Apparemment, les prévisions de ceux qui, dans les années soixante-dix, ont essayé d'élever cette matière au rang de discipline internationale clairement délimitée ne se sont pas accomplies. Il faut en chercher la raison dans les changements qui se sont opérés au sein même de la discipline historique et de ses présupposés théoriques, mais aussi dans ceux liés au contexte culturel.

De nos jours, l'historien professionnel n'a pas les mêmes points de vue ni les mêmes responsabilités qu'il y a quarante ans, quand l'idée d'auteur créateur du texte n'était débattue que dans certains cercles philosophiques et que celle d'usage public de

l'histoire était à peine prise en compte. La position de l'historiographie professionnelle dans le champ scientifique n'est pas non plus restée invariable. De fait, les fondements théoriques de cette dernière ont été revus en profondeur par ce qu'on appelle la philosophie de l'histoire, et son contexte culturel a été complètement transformé par l'existence d'une culture globale qui se fonde, entre autres, sur le développement de la culture de masse et sur l'omniprésence du souvenir et de la nostalgie. Résultat: l'histoire de l'historiographie a dû s'adapter à différents changements, notamment dans ses relations avec la mémoire et avec les idées de présent et d'espace, qu'on n'envisageait même pas il y a un demi-siècle.

Ainsi, bien que l'histoire de l'historiographie soit toujours une matière respectable, elle a toutefois cédé du terrain et considérablement estompé ses contours face à deux autres terrains voisins qui ont acquis une influence et une popularité considérables quand il s'agit de s'occuper de certains thèmes relatifs à la connaissance historique: la philosophie de l'histoire, chargée d'examiner les fondements intellectuels de la connaissance historique, et les usages publics du passé et de la mémoire, qui s'intéressent pour leur part aux fondements culturels de cette connaissance. Cela ne signifie pas que ceux qui étudient l'histoire de l'historiographie ne se soient pas adaptés aux nouvelles situations. La plus visible et la plus profitable de ces adaptations est sans doute leur capacité à introduire des perspectives transnationales, comme en témoignent les différents essais publiés par Georg G. Iggers et par Lutz Raphael sur l'historiographie du XX<sup>e</sup> siècle, ou le projet d'analyse comparée des processus de professionnalisation historiographique dirigée par Ilaria Porciani et le deuxième des auteurs ci-dessus cités: *Atlas of European Historiography. The Making of a Profession, 1800-2005* (New York: Palgrave Macmillan, 2010).

Pour toutes ces raisons, à moins qu'il s'agisse de raisons purement pratiques (comme nous le disions dans l'introduction du dernier numéro), maintenir un terrain appelé histoire de l'historiographie séparément d'autres domaines voisins comme ceux consacrés à la réflexion théorique et à l'examen des usages du passé et de la mémoire n'aurait pas grand sens. Le présent numéro de *Historiografías* est en quelque sorte le reflet de cette situation, puisqu'il retrace quelques-unes des perspectives issues de ces nouvelles relations entre le besoin de faire de l'histoire de l'historiographie, celle d'en connaître les fondements théoriques, et l'importance d'en étudier les référents culturels.

Le présent numéro s'ouvre sur le travail du professeur Georg G. Iggers, intitulé "Why Has Analytic Philosophy Almost Completely Failed to Exert any Influence on German Historical Writing and Reflections on Methodology?". Ce n'est pas la première fois que *Historiografías* s'intéresse à la vie et à l'œuvre de ce spécialiste germano-américain, aujourd'hui Distinguished Professor émérite de la State University de New-York à Buffalo. En 2011, nous avons publié un compte rendu de lecture de l'anthologie de textes de Leopold von Ranke, qu'Iggers avait publiée cette année-là, et en 2013 nous avons publié l'entretien que lui a fait l'historienne de l'Université de Shanghai, Yongmei Gong, entretien qui n'était alors publié qu'en chinois.

Le travail que nous publions cette fois revêt de par sa thématique un caractère d'hommage. Le texte, qui commence par un rappel autour de la notion de "philosophie analytique", nous renvoie au classique *The German Conception of History* et à d'autres écrits d'Iggers concernant l'histoire de l'historiographie allemandes. La réponse

négative à la question de l'influence de la philosophie analytique sur cette tradition, observable dès le titre de l'article, sert à Iggers pour organiser le texte, et lui permet d'expliquer en quoi ont consisté les attendus théoriques des principaux courants ou "moments" de l'historiographie allemande depuis le XIX<sup>e</sup> siècle jusqu'au présent: quels furent les postulats de l'historicisme (*Historismus*), ses différences avec les théories et interprétations historiques fondées sur le positivisme; quels postulats pour une "histoire science sociale" (*Historische Sozialwissenschaft*) des années 1960-1970; quels ont été, enfin, les postulats des partisans de "l'histoire du quotidien" (*Alltagsgeschichte*) des années quatre-vingts – sans oublier la situation actuelle, que l'auteur analyse à travers le programme de 2014 de la German Historical Association.

L'article d'Iggers est suivi de celui du professeur Antoon De Baets, "Democracy and Historical Writing". Cet auteur n'est pas non plus inconnu dans *Historiografías*. Dans le premier numéro, nous avons publié un compte rendu de son fameux *Responsible History*, un ouvrage riche en nouvelles thématiques telles que la censure et la persécution des historiens, les conditions d'une "historiographie responsable", les usages et abus de l'historiographie et de la mémoire, etc., le tout suivant le fil conducteur de la valeur de la démocratie, et ses limites, comme garantie de l'écriture de l'histoire. Dans le texte qui nous intéresse aujourd'hui, l'auteur creuse cet aspect: "how historical writing helps foment a democratic culture", affirme-t-il. Ainsi le lecteur trouvera-t-il dans cet article une analyse des relations entre des thèmes comme la démocratie, la science et l'historiographie, assortie d'un ensemble d'hypothèses suggestives. Selon l'auteur, les démocraties possèdent, au moins en puissance, une sensibilité collective envers le passé ("conscience historique" selon ses termes) plus forte que celle des régimes non démocratiques. Ceci dit, pour que cette sensibilité collective se traduise en un développement d'une puissante historiographie, il est nécessaire que la démocratie et l'écriture de l'histoire s'alimentent mutuellement (à travers l'encouragement de l'étude de l'histoire de la démocratie, de l'histoire des injustices, etc.).

Le troisième article, intitulé "Cuatro caras de *Metahistory* y una propuesta de interpretación", nous vient de Miguel Ángel Sanz Loroño, sur la base d'une solide thèse de doctorat soutenue à l'Université de Saragosse (Espagne) cette année. L'article illustre l'état de l'histoire de l'historiographie aujourd'hui, et la nécessité de dominer la philosophie de l'histoire pour en comprendre le discours récent.

Sur Hayden White et sa *Metahistory* a été écrit bien plus que ce qu'un chercheur peut embrasser. Le livre continue de faire l'objet de commentaires comme, par exemple, ceux de l'ouvrage récent, suggestif et varié, dirigé par Aitor Bolaños de Miguel, *Metahistoria: 40 años después. Ensayos en homenaje a Hayden White* (Logroño, Siníndice, 2014), dans lequel la poignée d'historiens espagnols intéressés par la théorie de l'histoire réfléchissent sur les enseignements de son œuvre. C'est là tout un signe de l'état actuel de l'historiographie espagnole, aujourd'hui plus plurielle que jamais. Les auteurs relatent leur expérience avec cette œuvre, l'examinent et lisent certains thèmes sous son éclairage, constatant sa validité et sa diffusion, et se félicitent du dépassement des difficultés des décennies précédentes. Mais c'est à peine s'ils s'arrêtent sur la manière dont on a lu *Metahistory* au cours de l'histoire. Le travail de Sanz Loroño est, justement, un essai pour montrer comment la lecture de ce livre a évolué au cours des quarante dernières années. C'est un point incontournable pour comprendre son caractère

classique et sa validité. Sanz Loroño indique que *Metahistory* a été une tentative de mettre fin aux contradictions de historiographie et de la culture américaines des années soixante, et conclut que les lectures post-modernes et anti-postmodernes du livre, bien qu'inévitables, ne représentent pas ce que l'auteur a voulu transmettre à travers lui. Voilà une hypothèse qui ne laissera pas indifférent le lecteur curieux.

La section Historia y Teoría se ferme sur le texte du professeur argentin Tomas Elías Zeitler, "Cuarenta años de *La escritura de la Historia*. Reflexiones en torno a la operación historiográfica, de Michel de Certeau a Paul Ricoeur". Il est possible d'observer ici ce dont nous avons parlé auparavant, à savoir que l'importance de certains concepts ne repose pas seulement sur leur originalité au moment de leur lancement mais aussi sur leur capacité à proposer des réponses aux grandes questions historiques d'aujourd'hui, ce qui implique un examen de leurs changements et adaptations. Le travail de Zeitler se centre sur le concept "d'opération historiographique" de Michel de Certeau, que l'on peut considérer comme le meilleur apport des années soixante-dix (même au-dessus de Paul Veyne) à la réflexion épistémologique au sein des historiens français, pratiquement à la hauteur de ce qui se publiait de l'autre côté de l'Atlantique sur les mêmes thèmes. Zeitler éclaire grandement les composants de ce concept, et apprécie son importance à l'heure de fournir une justification théorique à "l'histoire culturelle" qui commençait alors à se développer. Cependant, comme l'auteur le pose, "l'opération historiographique" exige une actualisation, une nouvelle lecture que les réflexions entreprises par Paul Ricoeur, à partir des années quatre-vingts, peuvent aider à opérer.

Dans la section Varia historiográfica, qui privilégie souvent certaines préférences éditoriales, nous présentons cette fois deux travaux qui ne manqueront pas de capter l'attention du lecteur. Le premier est un examen de la littérature sur le coup d'État avorté du 23 février 1981 (23-F), écrit par le professeur Roberto Muñoz Bolaños, intitulé "Un análisis incompleto de un acontecimiento excepcional: la literatura sobre golpe de Estado del 23-F (1981-2014)", et lui aussi issu d'une récente thèse de doctorat, soutenue cette fois à l'Université Autonome de Madrid. Ce n'est pas là le premier article ou commentaire que nous consacrons dans *Historiografías* à la Transition espagnole, "événement fondateur" de l'histoire du présent dans notre pays, selon la caractérisation du professeur Julio Aróstegui, qui fut membre du Conseil scientifique de notre revue. Il est certain que le 23-F, que l'on peut considérer comme l'événement le plus grave de la Transition politique espagnole, a généré une littérature qui a fait depuis peu l'objet d'un examen par les historiens. Le travail de Bolaños suit cette voie avec un solide bagage. Outre observer que le sujet demeure entre les mains de journalistes et d'écrivains militaires, ce qui ne contribue guère à une démarche scientifique, Bolaños montre, détails à l'appui, comment l'interprétation de cet événement a évolué dans le temps. La version officielle des années quatre-vingts a été abandonnée, sans qu'on n'en propose une autre à même de satisfaire les exigences d'une recherche rigoureuse.

La section Varia historiográfica se conclut sur un article du professeur José-Carlos Bermejo Barrera, collaborateur assidu de *Historiografías* et spécialiste en théorie et historiographie, même si cette fois il traite des valeurs qui se cachent sous les systèmes actuels d'indexation scientifique. Le titre de l'article est "Papernomics. Sciences and Games and Means of Censorship". Avec un certain sens de l'humour mais une logique rigoureuse, Bermejo procède à un intéressant exercice de "reductio ab

absurdum” de la “scientométrie”. C’est un domaine qui semble être né avec la prétention d’être une “science des sciences” chargée d’évaluer la connaissance scientifique. Selon Bermejo les éléments sous-jacents de cette discipline (considérer les sciences à l’aune de la théorie économique, intérêt des éditeurs à avoir le monopole sur les revues universitaires, l’importance des citations, le vice de la vanité, etc.) en font un jeu qui n’a pas grand-chose à voir avec le véritable processus de connaissance scientifique, dont les formes d’expression sont bien plus complexes. Nous laissons le lecteur juge des idées de ce travail intéressant – surtout s’il se consacre à la recherche en humanités.

**Gonzalo Pasamar**